

San Jerónimo en su carta a Tirasio, dice, que por esto Cristo nuestro, Redentor queriéndose partir de este mundo para su Padre, dijo a sus discípulos que se entristecían: «No sabéis lo que hacéis: si me amaseis antes os habíais de holgar, porque voy a mi Padre²⁴⁷». Y por el contrario cuando determinó Cristo de resucitar a Lázaro, lloró. No lloró, dice san Jerónimo, porque era muerto, pues luego le había de resucitar; sino lloró porque había de tornar a esta miserable vida. Lloraba porque aquel a quien había amado tanto, había de tornar a los trabajos de este destierro.

CAPITULO XXII.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía.

No solamente habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en los trabajos y sucesos propios y particulares nuestros, sino también en los trabajos y calamidades generales de hambres, guerras, enfermedades, muertes y pestilencias, y otras semejantes que el Señor envía a su Iglesia. Para esto es menester suponer que, aunque por una parte sintamos estas calamida-

247 Joan. XIV, 18.

des y castigos, y nos pese del mal y trabajo de nuestros prójimos como es razón; pero por otra parte, considerándolos en cuanto son voluntad de Dios y ordenados por sus justos juicios para sacar de ellos los bienes y provechos que él se sabe de su mayor gloria, nos podemos conformar en ellos con su santísima y divina voluntad; a la manera que vemos acá en un juez que sentencia a uno a muerte, que aunque por otra parte lo sienta y le pese de que aquel hombre muera, por la natural compasión o por ser su amigo; pero por otra parte da la sentencia y quiere que muera, porque conviene aquello para el bien común de la república. Y aunque es verdad que no nos quiso Dios obligar a que nos conformásemos con su voluntad en todas estas cosas, queriéndolas y amándolas positivamente; sino que se contentó con que las sufriésemos con paciencia, no contradiciendo ni repugnando a la justicia divina, ni murmurando de ella; pero dicen los teólogos y los Santos, que será obra de mayor perfección y merecimiento, y más perfecta y entera resignación, si el hombre no solamente lleva y sufre con paciencia estas cosas, sino las ama y las quiere, en cuanto son voluntad y beneplácito de Dios y órden de la divina justicia, y que sirven para mayor gloria suya. Como hacen los bienaventurados en el cielo, los cuales en todas las cosas se conforman con la voluntad de Dios, como dice santo Tomás, en la 2, 2, q. 19, art. 10, ad 1, y lo declara san Anselmo²⁴⁸ con esta

248 Lib. similitud. cap. 63.

comparación: Dice que en la gloria, nuestra voluntad y la de Dios serán tan concordes, como lo son acá los dos ojos de un mismo cuerpo, que no puede el uno mirar a una cosa sin que el otro también la mire. Y por esto aunque la cosa se vea con dos ojos, siempre parece una misma. Pues así como los Santos allá en el cielo se conforman con la voluntad de Dios en todas las cosas, porque en todas ellas ven el orden de su justicia y el fin de su mayor gloria a que van enderezadas; así será grande perfección que nosotros imitemos en esto a los bienaventurados, queriendo que se haga la voluntad de Dios acá en la tierra así como se hace en el cielo. Querer lo que Dios quiere por la misma razón y fin que Dios lo quiere, nunca puede dejar de ser muy bueno.

De san Agustín refiere Posidonio en su vida, que estando la ciudad de Bona, donde él residía, cercada de los vándalos, y viendo tanta ruina y mortandad, se consolaba con aquella sentencia de un sabio: «No será grande el que pensare que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan, y que mueran los mortales». Con más razón nos debemos nosotros consolar, considerando que todas estas cosas vienen de la mano de Dios, y que esa es su voluntad, y que, aunque la causa por que él envía estos trabajos y calamidades sea oculta; pero no puede ser que sea injusta. Los juicios de Dios son muy, profundos, son un abismo sin suelo, como dice el Profeta «Tus juicios son como un abismo profundo²⁴⁹». Y no

249 Psalm. XXXV, 7.

los habemos nosotros de querer escudriñar ni investigar con nuestro bajo y corto entendimiento, que eso sería temeridad: Porque ¿quién entendió la mente del Señor? o ¿quién fue su consejero²⁵⁰?, ¿Quién os hizo a vos de su consejo, para que os querais entrometer en eso? sino habémoslos de reverenciar con humildad, y creer que de saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada, y tan acertada que al fin de ella sea nuestro mayor bien y provecho. Siempre habemos de ir en este fundamento, creyendo de aquella bondad y misericordia infinita de Dios, que no enviaría ni permitiría semejantes males y trabajos, si no fuese para sacar de ellos otros mayores bienes. Quiere Dios llevar por este camino al cielo a muchos, que de otra manera se perdieran. ¿Cuántos hay que con estos trabajos se vuelven de todo corazón a Dios, y mueren con verdadero arrepentimiento de sus pecados, y se salvan, y de otra manera se condenaran? Y así lo que parece castigo y azote es misericordia y beneficio grande.

En el libro II de los Macabeos después de haber contado aquella horrible y cruelísima persecución del impísimo rey Antíoco, y la sangre que derramó sin perdonar a niño ni a viejo, a casada ni a doncella, y como despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometían por su mandado; añade el autor y dice²⁵¹: Yo ruego a todos los que leyeren este libro que no desmayen por estos acaecimientos ad-

250 Rom. XI, 14.

251 Lib. II, VI, 12.

versos, sino que entiendan que Dios ha permitido y enviado todos estos trabajos, no para destrucción, sino para enmienda y corrección de nuestra gente.

Dice muy bien san Gregorio a este propósito, en el lib. II de sus Morales, c. 32, la sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse de ella, y bebérsela toda si pudiese; más el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo. Pues eso es lo que pretende Dios por medio del trabajo y de la tribulación que nos envía. Y así como el enfermo sería imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando más a lo que pretende de la sanguijuela que a la intención del médico; así nosotros en cualquier trabajo que nos venga, ahora sea por medio de los hombres, ahora sea por medio de otra cualquier criatura, no habemos de mirar a ellas, sino al sapientísimo médico, que es Dios; porque todas ellas le sirven a él de sanguijuelas y de medios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud. Y así habemos de entender y creer, que todo nos lo envía él para mayor bien y provecho nuestro. Y aunque no hubiese en ello más de querernos el Señor castigar en esta vida como hijos, y no guardarnos el castigo para la otra, será esa gran merced y beneficio.

De santa Catalina de Sena se cuenta, en la parte II, c. 4, que estando ella muy afligida por un falso testimonio que le habían levantado que tocaba en su honestidad, le apareció Cristo nuestro Redentor, el cual tenía en su mano derecha una corona de oro adornada

con muchas margaritas y piedras preciosas, y en la siniestra otra corona de espinas, y díjole: Amada hija mía, sepas que es necesario ser coronada de estas dos coronas en diversas veces y tiempos; por tanto, tú escoge cuál quieres más, o que en esta vida en que ahora vives seas coronada con esta corona de espinas, y esta otra preciosa te sea guardada para la vida que siempre ha de durar, o que ahora te sea dada esta preciosa corona en esta vida, y para después de tu muerte te sea reservada esta de espinas. Respondió la santa Virgen : Señor, ya yo negué mi voluntad mucho tiempo ha por seguir la tuya, por tanto no pertenece a mí escoger; pero si tú, Señor, quieres que responda, digo , que yo siempre en esta vida escojo ser conforme a tu santísima pasión, y por tu amor quiero abrazar siempre penas para refrigerio mío. Y dicho esto, tomó la corona de espinas con sus propias manos de las manos del Salvador, y púsola con toda su fuerza sobre su misma cabeza con tanta violencia, que las espinas se la horadaron toda alrededor, en tal manera, que de allí adelante sentía muchos días actual dolor en la cabeza de la entrada de las espinas en ella.

CAPÍTULO XXIII.

De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envía, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados.

Doctrina es común de los Santos, que suele Dios nuestro Señor enviar estos trabajos y castigos generales, comúnmente por pecados cometidos, como consta de la sagrada Escritura, que está llena de esto. «Nos enviaste todas estas cosas por nuestros pecados, porque hemos realmente pecado y obrado mal, no haciendo caso de tus mandamientos. Por consiguiente bien merecidos tenemos los castigos que nos has enviado, y los males que nos han sobrevenido²⁵²». Y así vemos que castigaba Dios a su pueblo y le entregaba en manos de sus enemigos cuando le ofendía, y le libraba cuando arrepentido de sus pecados hacía penitencia y se volvía a él. Y por eso Aquior, capitán y príncipe de los hijos de Amon, habiendo declarado a Holofernes como Dios tenía la protección del pueblo de Israel, y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia, le dijo: que antes de acometerle procurase saber si a la sazón había ofendido a Dios; porque si esto era, podía tener por cierta la victoria; y sino que dejase aquella empresa, porque no le iría bien ni sacaría más

252 Dan. III, 28, 31.

de ella que vituperio y confusión; porque Dios pelearía por su pueblo, contra el cual ninguno podría prevalecer²⁵³. Y notan esto particularmente los Santos sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio a aquel enfermo de treinta y ocho años que estaba junto a la probática piscina, después que le sanó: «Guárdate de pecar de aquí adelante, porque no te acontezca otra cosa peor²⁵⁴». Pues conforme a esto, uno de los medios que nos ayudará mucho en las calamidades y trabajos, así generales como particulares, para conformarnos con la voluntad de Dios y llevarlo con mucha paciencia, será entrar luego dentro de nosotros, y considerar nuestros pecados y cuán merecido tenemos aquel castigo; porque de esa manera cualquiera cosa adversa que se ofrezca la llevaremos bien, y la juzgaremos por menor de lo que había de ser, conforme a nuestras culpas.

San Bernardo y san Gregorio tratan muy bien este punto. Dice san Bernardo²⁵⁵: «Si la culpa se siente interiormente como se ha de sentir, poco o nada sentirá uno la pena exterior, como el santo rey David no sentía las maldiciones que le echaba Semei, viendo la guerra que le hacía su propio hijo». «Me está persiguiendo mi propio hijo, ¿qué mucho que un extraño haga eso²⁵⁶?» San Gregorio²⁵⁷ sobre aquello de Job: «Y que entendieras que es mucho menos

253 Judith, V, 9.

254 Joan. V, 14.

255 Serm. de altitud. et bassit. cordis.

lo que él te castiga, que lo que merece tu maldad²⁵⁸», declara esto con una buena comparación. Así como cuando el enfermo siente la apostema enconada o la carne podrida, se pone de buena gana en las manos del cirujano para que abra y corte por donde le pareciere, y cuanto más enconada y podrida está la llaga, tanto de mejor gana sufre el hierro y el botón de fuego; así cuando uno siente de veras la llaga y enfermedad que el pecado ha causado en su alma, de buena gana recibe el cauterio del trabajo y de la mortificación y humillación con que Dios quiere curar esa llaga, y sacar la materia, y lo podrido de ella. «Témlase, dice, el dolor del azote, cuando se conoce la culpa». Y si vos no tomáis de buena gana la mortificación y trabajo que se os ofrece, es porque no conoceis la enfermedad de vuestras culpas; no sentís lo podrido que tenéis, y así no podéis sufrir el cauterio y la navaja.

Los varones santos y los verdaderos siervos de Dios no solo recibían esto de buena gana, sino lo deseaban y pedían muy de veras a Dios. Y así decía el santo Job: ¿Quién diese que se cumpliera mi petición, y que Dios me concediera lo que espero? ¿y que el que comenzó, él mismo me desmenuce, suelte su mano y me corte? Y sería este mi consuelo, que afligiéndome con dolor no me perdonara²⁵⁹». Y el profeta David:

256 II Reg. XVI, 11.
257 Lib. X Mor. c. 8.

258 Job, XI, 6.
259 Job, XI, 8.

«Pruébame, Señor, y ensáyame²⁶⁰. Porque aparejado estoy para los azotes²⁶¹». Bueno es para mí el haberme Vos humillado²⁶²». De tal manera desean los siervos de Dios que su majestad los castigue y humille aquí en esta vida, dice san Gregorio²⁶³, que antes se desconsuelan cuando por una parte consideran sus culpas, y por otra ven que no los ha Dios castigado por ellas porque sospechan y temen no sea que les quiera diferir el castigo para la otra vida donde será con rigor. Y eso es lo que añade Job: «Y sería este mi consuelo, que afligiéndome con dolor no me perdonara»; como si dijera, porque a algunos perdona Dios en esta vida, para castigarlos después para siempre en la otra, no me perdone a mí de esta manera en esta vida, para que después para siempre me perdone. Castígueme aquí Dios como padre piadoso, para que no me castigue después para siempre como juez riguroso, «que no murmuraré, ni me quejaré de sus azotes²⁶⁴», antes ese será mi consuelo. Esto es también lo que decía san Agustín: «Señor, quemad y cortad aquí, y no me perdonéis nada en esta vida, para que me perdonéis para siempre».

Es ignorancia y ceguedad nuestra el sentir tanto los trabajos corporales y tan poco los espirituales. No son de sentir tanto los trabajos cuanto los pecados. Si conociésemos y ponderásemos bien la gravedad de nues-

260 Psalm. XXV, 2.

261 Ibid. XXXVII, 18.

262 Ibid. CXVIII, 71.

263 Lib. VII Mor. cap. 7, 8.

264 Job, VI, 10.

tras culpas, todo castigo nos parecería pequeño, y diríamos aquello de Job: «Pequé y de veras delinquí, y no he sido castigado como merecía²⁶⁵». Palabras que habíamos de traer siempre en el corazón, y decirlas muchas veces con la boca. Pequé, Señor, y verdaderamente he delinquido y ofendido a vuestra divina Majestad, y no me habéis castigado como yo merecía. Que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparación de lo que merece un solo pecado. «Entendieras que es mucho menos lo que él te castiga, que lo que merece tu maldad²⁶⁶». Quien consideraré que ha ofendido a Dios y que merecía estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios no recibirá de buena voluntad, en recompensa y satisfacción de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios? «Quizá el Señor mirará mi aflicción, y el Señor me volverá bien por las maldiciones de este día²⁶⁷», decía David cuando le maldecía y deshonraba Semei. Dejadle, maldígame, deshónreme, lléneme de injurias y de oprobios; que por ventura se contentará el Señor y se dará por pagado y satisfecho con esto de mis pecados, y habrá misericordia de mí: será esa gran dicha mía. De esta manera habemos de abrazar nosotros las deshonras y trabajos que se nos ofrecieren. Vengan en buen hora, que por ventura será servido el Señor de recibir eso

265 Job, XXXIII, 27.

267 II Reg. XVI, 12

266 Ibid. XI, 6.

en descuento y satisfacción de nuestros pecados, y sería esa grande dicha nuestra. Si lo que gastamos en quejarnos y sentir los trabajos lo gastásemos en volvernos de esta manera contra nosotros, agradeceríamos más a Dios, y nos remedaríamos mejor.

Ayudábanse los Santos tanto de este medio en semejantes ocasiones, y tenían tanto ejercicio de esto, que leemos de alguno de ellos, como de santa Catalina de Sena y otros, que los trabajos y azotes que enviaba Dios a la Iglesia los atribuían a sus pecados y defectos, y decían: Yo soy causa de estas guerras: mis pecados son causa de esta peste y de estos trabajos que Dios envía. pareciéndoles que sus pecados merecían esto y más. Y añádese en confirmación de esto, que muchas veces por el pecado de uno castiga Dios a todo el pueblo, como por el pecado de David envió Dios pestilencia en todo el pueblo de Israel, y dice la Escritura, que murieron setenta mil hombres en tres días²⁶⁸. Pero diréis, era rey, y por los pecados de la cabeza castiga Dios el pueblo. Por el pecado de Acán, un hombre particular, que había hurtado en Jericó ciertas cosillas, castigó Dios a todo el pueblo, en que tres mil soldados de los más valerosos del campo volvieron las espaldas al enemigo, siendo por él forzados a huir²⁶⁹. No sólo por el pecado de la cabeza, sino también por el pecado de un particular suele Dios castigar a otros. Y de esta manera declaran los Santos aque-

268 II Reg. XXIV, 15.

269 Josue, VII, 4, 11.

llo que la sagrada Escritura tantas veces repite, que castiga Dios los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación. «La culpa del padre, esa dice que no se traspasará en el hijo, ni la del hijo en el padre²⁷⁰». Pero cuanto a la pena, suele Dios castigar a unos por los pecados de otros. Y así, por ventura por mis pecados y por los vuestros castigará Dios a toda la casa y a toda la religión.

Pues traigamos delante de los ojos, por una parte esta consideración y por otra el beneplácito de Dios; y así fácilmente nos conformaremos con su voluntad en los trabajos que nos enviare, y diremos con el sacerdote Helí: «El Señor es: haga lo que sea agradable en sus ojos²⁷¹». Y con aquellos santos Macabeos: «El es señor, dueño y gobernador de todo; como a él pluguiere y como él lo ordenare, así se haga²⁷²». Y con el profeta David: «No me quejé, Señor, de los trabajos que me habéis enviado, antes, como si fuera mudo, he callado», y llevádoslos con mucha paciencia y conformidad, «porque sé, Señor, que Vos los enviáis²⁷³». Este ha de ser siempre nuestro consuelo en todas las cosas: Dios lo quiere, Dios lo hace, Dios lo manda, Dios es el que lo envía; venga en buena hora. No es menester otra razón para llevar todas las cosas muy bien.

Sobre aquellas palabras del salmo XXVIII: «Y el amado como el hijo del unicornio²⁷⁴», notan los San-

270 Ezech. XVIII, 20.

271 I Reg. III, 18.

272 I Mach. III, 60.

273 Psalm. XXXVIII, 10.

274 Psalm. XXVIII, 6.

tos, que se compara Dios al unicornio; porque el unicornio tiene el cuerno debajo de los ojos, que ve muy bien donde hiere; no como el toro que los tiene encima y no ve donde da. Y más, el unicornio con el cuerno que hiere sana, así Dios con lo que hiere, sana.

Agrádale tanto a Dios esta conformidad y humilde sumisión al castigo, que algunas veces es medio para que se aplaque el Señor y deje de castigarnos. En las historias eclesiásticas²⁷⁵ se cuenta de Atila rey de los hunos, que arruinó tantas provincias, y se llamó «Espanto del mundo y azote de Dios», que acercándose a la ciudad de Troya de Champaña, en Francia, le salió a recibir san Lupo, obispo de ella, vestido de pontifical, con todo su clero, y le dijo: ¿Quién eres tú que turbas la tierra y la destruyes? Respondió él: Yo soy el azote de Dios» Entonces el santo Obispo le mandó abrir las puertas diciendo: Sea muy bien venido el azote de Dios. Y entrando los soldados en la ciudad, los cegó el Señor de manera, que pasaron por ella sin hacer daño alguno; porque aunque Atila era azote, no quiso Dios que lo fuese para los que lo recibían como azote suyo con tanta sumisión.

275 Nauclerus, 2 volum.

CAPÍTULO XXIV.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oración; y qué entendemos aquí por nombre de sequedad y desconsuelo.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en las cosas exteriores, naturales y humanas, sino también en lo que a muchos les parece que es santidad desear más y más, que es en los bienes espirituales y sobrenaturales, como en las consolaciones divinas, en las mismas virtudes, en el mismo don de oración, en la paz, sosiego y quietud interior de nuestra alma, y en las demás ventajas espirituales. Pero preguntará alguno: ¿puede haber en esas cosas propia voluntad y amor desordenado de sí mismo, para que sea menester moderarle aun en estas cosas? Digo que sí, y ahí se verá cuánta es la malicia del amor propio, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad. Buenas son las consolaciones y gustos espirituales, porque con ellos fácilmente desecha el alma y aborrece todos los placeres y gustos de las cosas de la tierra, que es el cebo y nutrimento de los vicios, y se anima y alienta para caminar con ligereza en el servicio de Dios, conforme a aquello del Profeta: «Corría yo», e iba muy ligero «por el camino de vuestros mandamientos, cuando Vos, «Señor, dilatabais

mi corazón²⁷⁶», con la alegría y consolación espiritual se dilata y ensancha el corazón, así como con la tristeza se aprieta y estrecha; pues dice el profeta David, que cuando Dios le enviaba consuelos, le eran como unas alas que le hacían correr y volar por el camino de la virtud y de los mandamientos de Dios. Ayudan también mucho las consolaciones espirituales para quebrantar uno su voluntad, y vencer sus apetitos y mortificar su carne, y llevar con mayores fuerzas la cruz y trabajos que se ofrecen. Y así suele Dios enviar, consuelos y regalos a quien ha de enviar trabajos y tribulaciones, para que con ellos se aperciban y dispongan para llevarlos bien y con provecho; como vemos que Cristo nuestro Redentor quiso consolar a sus discípulos en el monte Tabor con su gloriosa Transfiguración, para que después no se turbasen viéndole padecer y morir en una cruz. Y así vemos también, que a los que comienzan suele Dios dar muy ordinariamente estos consuelos espirituales, para hacerles con eficacia dejar los gustos de la tierra por los del cielo: y después que los tiene presos con su amor, y ve que han echado firmes raíces de virtudes, suele ejercitarlos con sequedades, para que ganen más virtud de humildad y paciencia, y merezcan más aumento de gracia y de gloria sirviendo a Dios puramente sin consuelos. Esta es la causa por que algunos al principio cuando entraron en la religión, y aun por ventura allá

276 Psalm. CXVIII, 32.

fuera cuando andaban con esos deseos, sentían más consuelos y gustos espirituales que después; era que los trataba Dios entonces conforme a su edad, dándoles leche de niños para arrancarlos y destetarlos del mundo, y hacer que le aborreciesen y les diesen en rostro sus cosas. Pero después pueden comer pan con corteza, y así dales Dios manjar de grandes. Para estos y otros semejantes fines suele el Señor dar los consuelos y gustos espirituales; y así nos aconsejan comúnmente los Santos, que en el tiempo de la consolación nos apercibamos para el de la tentación, como en tiempo de paz se preparan y aperciben para la guerra; porque suelen las consolaciones ser víspera de las tentaciones y tribulaciones.

De manera, que los gustos espirituales son muy buenos y de mucho provecho, si sabemos usar bien de ellos; y así cuando el Señor los diere, se han de recibir con hacimiento de gracias. Pero si uno parase en estas consolaciones, y las desease para solo su contentamiento, por el gusto y deleite que el alma siente en ellas, ese ya sería vicio y amor propio desordenado. Así como en las cosas necesarias para la vida, como el comer, beber, dormir, y las demás, si el hombre tuviese por fin de estas acciones el deleite sería culpa; así, si en la oración tuviese uno por fin esos gustos y consolaciones, sería vicio de gula espiritual. No se han de desear ni tomar estas cosas por nuestro gusto y contentamiento, sino como medio que nos ayuda para los fines que habemos dicho. Así como el enfermo que

aborrece el manjar de que tiene necesidad se huelga de hallar algún sabor en él, no por el sabor, sino porque le despierta el apetito para poder comer, y conservar la vida; así el siervo de Dios no ha de querer el consuelo espiritual para parar en él, sino porque con este refresco del cielo se anima y alienta su alma a trabajar en el camino de la virtud, y a tener firmeza en él. De esta manera no se desean deleites por deleites, sino por la mayor gloria de Dios, y en cuanto redundan en mayor honra y gloria suya.

Pero digo más, que aunque desee uno estas consolaciones espirituales de esta manera, y para los fines dichos, que son santos y buenos, puede con todo eso haber exceso en los tales deseos y mezcla de amor propio desordenado. Como si las desea desenfrenadamente, y con demasiada congoja y codicia; de tal manera que si le faltan, no queda tan contento, ni tan conforme con la voluntad de Dios; sino antes queda inquieto, querelloso y con pena. Esa es afición y codicia espiritual desordenada; porque no ha de estar uno asido con tanto ahínco y desorden a los gustos y consolaciones espirituales, que le impida eso la paz y sosiego de su alma, y la conformidad con la voluntad de Dios, si él no fuere servido de dárselas. Porque mejor es la voluntad de Dios que todo eso; y más importa que se conforme y contente con lo que Dios quiere.

Lo que digo de los gustos y consolaciones espirituales, entiendo también del don de oración, y entrada que deseamos tener en ella, y de la paz, sosiego y

quietud interior de nuestra alma, y de las demás ventajas espirituales. Porque en el deseo de todas estas cosas puede también haber afición y codicia desordenada, cuando se desean con tanto ahínco y congoja,, que si no alcanza uno lo que desea, anda querelloso y descontento, y no conforme con la voluntad de Dios. Y así, por gustos y consolaciones espirituales ahora entenderemos, no solo la devoción y los gustos y consuelos sensibles, sino también la misma sustancia y don de oración, y el entrar y estar en ella con aquella quietud y sosiego que querríamos: antes de esto trataremos ahora principalmente, mostrando como nos habernos de conformar en esto con la voluntad de Dios, y no andar con demasiada codicia y congoja en ello. Porque es otro de los gustos, y consolaciones, y devociones sensibles fácilmente lo renunciaría cualquiera, si le diesen lo sustancial de la oración, y sintiese en sí el fruto de ella. Porque todos entienden que no está la oración en esos gustos, ni en esas devociones y ternuras. Y así, para eso poca virtud es menester. Pero esto de ir uno a la oración, y estar allí hecho una piedra con una sequedad tan grande, que no hay entrada para ella , sino que se le ha cerrado y escondido Dios, y que ha venido ya sobre él aquella maldición con que amenaza Dios a su pueblo : Os daré un cielo de arriba como de hierro, y una tierra de bronce²⁷⁷»; para esto es menester más virtud y más fortaleza. Paréceles a

277 Levit. XXVI, 19.

estos que el cielo se les ha hecho de hierro, y la tierra de metal; porque no llueve sobre ellos gota de agua que les ablande el corazón, y les dé fruto con que se mantengan, sino una esterilidad y sequedad continua. Y aun no solo tienen sequedad, sino algunas veces una tan grande distracción y variedad de pensamientos, y algunas veces tan malos y tan feos, que no parece que van allí sino a ser tentados y molestados con todo género de tentaciones. Pues decirles que piensen entonces en la muerte, o en Cristo crucificado, que suele ser muy buen remedio, dirán: Eso ya yo me lo sé; si yo pudiese eso, ¿qué me faltaba? Algunas veces está uno tal en la oración, que aun no puede pensar en eso, o aunque piense en ello, y lo procure traer a la memoria, no le mueve, ni le recoge eso nada, ni hace impresión ninguna en él. Esto es lo que aquí llamamos desconsuelos, sequedad y desamparo espiritual. Y en esto es menester que nos conformemos también con la voluntad de Dios.

Este es un punto de mucha importancia; porque es una de las más comunes quejas, y de los mayores contrastes que tienen los que tratan de oración. Porque todos gimen y lloran cuando se hallan de esta manera: como oyen de una parte decir tantos bienes y alabanzas de la oración, y que al paso que ella anda, anda uno todo el día y toda la vida; y oyen decir que este es uno de los principales medios que tenemos, así para el aprovechamiento propio, como para el de los prójimos; y por otra parte, se ven, a su parecer, tan lejos de

tener oración , dales esto mucha pena y paréceles que les ha desamparado Dios, y se ha olvidado de ellos: y viéneles temor si han perdido ya su amistad, y están en desgracia suya, pues les parece que no hallan acogida en él. Y acreciéntaseles a estos la tentación, viendo que otras personas en pocos días crecen tanto en oración, casi sin trabajo, y ellos trabajando y reventando no alcanzan nada. De lo cual les nacen otras tentaciones peores, como es quejarse algunas veces de Nuestro Señor porque los trata de aquella manera, y querer dejar el ejercicio de la oración, pareciéndoles que no es para ellos, pues tan mal les va en él. Y auméntales todo esto, y dales mucha pena cuando el demonio les traerá la memoria que ellos son la causa de todo aquello, y que por su culpa los trata Dios así. Con esto viven algunos muy desconsolados, y salen de la oración como de un tormento, tristes, melancólicos e insufribles para sí y para los que los tratan. Y así iremos respondiendo y satisfaciendo a esta tentación y queja con la gracia del Señor.

CAPÍTULO XXV.

*En que se satisface a la queja de los que sienten
sequedades y desconsuelos en la oración.*

Cuanto a lo primero no digo yo que no se huelgue uno, cuando Dios le visita; que claro está que no puede dejar de sentir gozo con la presencia, del amado: ni digo que no sienta su ausencia cuando le castiga con sequedades y tentaciones; que bien veo que no se puede dejar de sentir eso. Cristo nuestro Redentor sintió el desamparo de su Padre eterno, cuando estando en la cruz dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste²⁷⁸?» Pero lo que desea es que nos sepamos aprovechar de este trabajo, y de esta prueba con que suele el Señor probar muchas veces a sus escogidos, y que acudamos con fortaleza de espíritu, conformándonos con la voluntad de Dios, diciendo: «No se haga, Señor, lo que yo quiero ,sino lo que Vos queréis²⁷⁹». Especialmente que la santidad y perfección no está en las consolaciones, ni en tener alta y levantada oración; ni se mide por ahí nuestro aprovechamiento y perfección, sino por el amor verdadero de Dios, el cual no consiste en esas cosas , sino en una unión y conformidad entera con la voluntad de Dios así en lo amargo como en lo dulce, y así en lo adverso como en lo próspero. Y así igualmente habemos de tomar de la mano de Dios la

278 Matth. XXVII, 46.

279 Matth. XXVI, 32.

cruz y el desamparo espiritual, como el regalo y consuelo; dándole gracias así por lo uno como por lo otro: «Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas tú. Y si quieres que esté en luz, bendito seas tú. Si me quieres consolar, bendito seas tú. Y si me quieres atribular, bendito seas tú²⁸⁰». Así nos lo aconseja el apóstol san Pablo: «En todas las cosas que os vinieren dad gracias a Dios, porque esa es su voluntad²⁸¹». Pues si es esa la voluntad de Dios, ¿qué mas tenemos que desear? ¡Oh que la vida no es más que para contentar a Dios! Pues si él encamina mi vida por esta vereda oscura y escabrosa, no tengo que suspirar por otra ninguna clara y suave. Dios quiere que aquel vaya por camino que vea y guste, y yo por este desierto y sin consuelo; no trocaría mi esterilidad por su fecundidad. Esto dicen los que han abierto los ojos a la verdad, y con esto se consue-
lan. Dice muy bien el Padre maestro Avila en su Audi filia, c. 16: «¡Oh si el Señor nos abriese los ojos, cómo veríamos más claro que la luz del sol que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja cosa para desear ni gozar, si de ellas se aparta la voluntad del Señor, y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si a ella se junta su voluntad no sea de mucho valor! Mas vale sin comparación estar en trabajos y desconsuelos, y en sequedades y tentaciones, si él lo quiere así, que cuantos gustos y consuelos y contemplaciones puede haber si de ellos se aparta su voluntad».

280 Thomas de Kempis.

281 I Thes. V, 17.

Pero dirá alguno, si yo entendiese que esa era la voluntad del Señor, y que él se agradaba y contentaba más de eso, fácilmente me conformaría y estaría muy contento, aunque pasase toda la vida de esa manera. Porque bien veo que no hay más que desear, que agradar y contentar a Dios: ni la vida es para otra cosa: empero paréceme a mí que Dios bien querría que yo tuviese mejor oración, y más recogimiento y atención, si yo me dispusiese para ello; y lo que a mí me da pena es creer que por mi culpa y tibieza, y por no hacer lo que es de mi parte, estoy allí distraído y seco, sin poder entrar en oración; que si yo entendiese y estuviese satisfecho que hacia todo lo que era de mi parte, y que allí no había culpa mía, no tendría pena ninguna. Muy bien dada está la querella: no hay más que decir, porque en esto se vienen a resumir todas las razones de los que tienen semejantes quejas: y así, si satisfacemos bien a esto harémos grande hacienda, por ser tan común esta queja; porque no hay ninguno, por santo y perfecto que sea, que no sienta algunas temporadas estas sequedades y desamparos espirituales. Del bienaventurado san Francisco lo leemos, y de santa Catalina de Sena, con haber sido tan regalados y favorecidos de Dios: y san Antonio Abad, con tener tan alta oración, que las noches le parecían un soplo, y se quejaba del sol porque madrugaba tanto, con todo eso algunas veces era, tan fatigado y acosado de pensamientos malos e importunos, que clamaba y daba voces a Dios: Señor, que querría ser bueno, y mis pen-

samientos no me dejan. Y san Bernardo se quejaba de lo mismo²⁸², y decía: ¡Oh Señor, que se ha secado mi corazón, y apretado y cuajado como leche, y está como tierra sin agua, que no me puedo compungir, ni mover a lágrimas; tanta, es la dureza, de mi corazón. No me hallo bien en el coro, no gusto de la lección espiritual, no me agrada la meditación. ¡Oh Señor, que no hallo en la oración lo que solía! ¿Dónde está aquel embriagarse el alma de vuestro amor? ¿Dónde está aquella serenidad, y aquella paz y gozo en el Espíritu Santo?» De manera que para todos es menester esta doctrina, y confío en el Señor que satisfarémos a todos.

Pues, comencemos por aquí : yo os concedo que vuestra culpa es la cansa de vuestra distracción y sequedad, y de no poder entrar en la oración: y así es bien que lo entendáis y digáis vos, que por vuestros pecados pasados, y por vuestras culpas y descuidos presentes, os quiere el Señor castigar en no daros entrada para él en la oración, y en que no podáis tener recogimiento, ni quietud, ni atención en ella; porque no lo merecéis, sino antes lo desmerecéis. Empero de ahí no se sigue que hayáis de tener queja, sino antes una conformidad muy grande con la voluntad de Dios en eso. ¿Queréislo ver claramente? «Por vuestra misma boca, y por vuestro mismo dicho os quiero juzgar²⁸³». Vos, ¿no conocéis y decís que por vuestros pecados pasados, y por vuestras culpas y descuidos

282 Serm. LIV sup. Cantic.

283 Luc. XIX, 22.

presentes merecían gran castigo de Dios? -Sí por cierto, el infierno he merecido muchas veces, y así ningún castigo será grande para mí, sino todo será misericordia y regalo en comparación de lo que yo merezco. Y el quererme Dios enviar algún castigo en esta vida lo tomaré yo por particular beneficio; porque lo tendré como por prenda de que Dios me ha perdonado mis pecados, y de que no me quiere castigar en la otra vida, pues me castiga en esta-. Basta, no es menester más yo me contento con eso. Pero no sea todo palabras, vengamos a las obras. Este es el castigo que quiere Dios que padezcáis ahora por vuestros pecados: esos desconsuelos, esas distracciones y sequedades, ese desamparo espiritual, ese hacérseos el cielo de bronce, y la tierra de metal, y cerrárseos y escondérseos Dios, y que no halléis entrada en la oración: con eso quiere Dios castigaros ahora y purgar vuestras culpas. ¿No os parece que vuestros pecados pasados y vuestros descuidos y negligencias presentes merecen bien este castigo? -Sí por cierto, y ahora digo que es muy pequeño para lo que yo merezco, y que está muy lleno de justicia y de misericordia: de justicia, porque pues yo he cerrado tantas veces a Dios la puerta de mi corazón, y me hacía sordo cuando él me daba aldabadas con sus santas inspiraciones, y las he resistido muchas veces; justo es que ahora, aunque yo llame, él se haga sordo y no me responda, ni me quiera abrir la puerta; sino que me dé con ella en los ojos; justísimo castigo es ese, pero muy pequeño para mí, y

así es muy lleno de misericordia, porque mucho mayor le merecía yo. -Pues conformaos con la voluntad de Dios en este castigo, y recibidle con hacimiento de gracias, pues os castiga con tanta misericordia y no segun vos lo merecáis. Vos ¿no decís que merecáis el infierno? pues ¿cómo os atrevéis a pedir a Dios consuelos y regalos en la oración, y tener entrada y familiaridad con Dios en ella, y una paz, y quietud, y sosiego de hijos muy queridos y regalados? Y ¿cómo os atrevéis a formar queja de lo contrario? ¿No veis que es ese grande atrevimiento y gran soberbia? Contentaos con que os tiene Dios en su casa, y os consiente estar en su presencia, y estimad y reconoced eso por grande merced y beneficio. Si hubiese humildad en corazón, no tendríamos boca para quejarnos de cualquier manera que nos tratase el Señor, y así fácilmente cesaría esta tentación.

CAPÍTULO XXVI.

Cómo convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oración.

No solamente debe cesar en nosotros esta queja, sino habernos de procurar sacar provecho de las sequedades y desconsuelos, y hacer de ello muy buena oración. Y para esto ayudará lo primero, lo que decía-

mos tratando de la oración en el trat. 5 del Ejer. de perfección. Cuando nos sintiéremos de esta manera, decir: Señor, en cuanto esto es culpa mía, a mí me pesa mucho por cierto de la culpa que en esto tengo; pero en cuanto es voluntad vuestra, y pena y castigo justamente merecido por mis pecados, yo lo acepto, Señor, de muy buena voluntad; y no solo ahora o por breve tiempo, sino por todos los días de mi vida aunque hubiesen de ser muchos, me ofrezco a esta cruz, y estoy muy dispuesto para llevarla, y con hacimiento de gracias.

Esta paciencia y humildad, esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios en este trabajo, agrada más a Dios que las quejas y congojas demasiadas; porque no halló entrada en la oración, o porque estoy allí con tantos pensamientos y tanta distracción. Sino, decidme; ¿quién os parece que agrada más a sus padres, el hijo que se contenta con cualquiera cosa que le dan, o el que nunca se contenta con nada, sino siempre anda rezongando y quejándose, pareciéndole poco lo que le dan, y que le habían de dar más o mejor? claro está que el primero, pues así es también con Dios. El hijo sufrido y callado que se contenta y conforma con la voluntad de su Padre celestial, en cualquier cosa que le envía, aunque sea áspera, y aunque sea un hueso duro y mondo; ese contenta y agrada más a Dios que no el mal contentadizo, y que siempre anda quejoso y rezongando porque no tiene, y porque no le dan a él. Mas decidme, ¿cuál hace me-

jor, y cuál moverá más a que den limosna y tengan compasión y misericordia de él, el pobre, que se queja porque no le responden presto, y porque no le dan, o el pobre que está perseverando a la puerta del rico con paciencia y silencio, sin queja ninguna, sino que habiendo llamado a la puerta, y sabiendo que le han oído, está esperando al frío y al agua sin tornar a llamar, y sin saberse quejar, y sabe el señor, que está esperando con aquella humildad y paciencia? Claro está que eso mueve mucho, y ese otro pobre soberbio antes enfada, y mueve a indignación: pues así es también con Dios.

Y para que se vea más el valor y fruto de esa oración, y cuánto agrada a Dios, pregunto yo ¿Qué mejor oración y qué mayor fruto puede uno sacar de ella que sacar mucha paciencia en los trabajos, y mucha conformidad con la voluntad de Dios, y mucho amor suyo? ¿A qué vamos a la oración, sino a esto? Pues, cuando el Señor os envía sequedades y tentaciones en ella, conformaos con su voluntad en ese trabajo y desamparo espiritual, y haréis uno de los mayores actos de paciencia y amor de Dios de cuantos podéis hacer. Dicen, y muy bien, que el amor se muestra en el sufrir y padecer trabajos por el amado, y que cuanto mayores son los trabajos, tanto más se muestra el amor. Pues estos son de los mayores trabajos y de las mayores cruces y mortificaciones de los siervos de Dios, y los que más sienten los hombres espirituales; que esos otros corporales que tocan a la hacienda, salud y bie-

nes temporales, no tienen que ver en comparación de estos. Y así viene uno a estar muy conforme con la voluntad de Dios en estos trabajos, imitando a Cristo nuestro Redentor en aquel desamparo espiritual que tuvo en la cruz, y aceptar esa cruz espiritual por toda la vida, si el Señor fuere servido dársela, por sólo dar contento a Dios, es grande acto de paciencia y de amor de Dios, y muy alta y provechosa oración, y cosa de grande perfección. Lo es tanto que algunos llaman a estos «excelentes mártires»²⁸⁴.

Mas pregunto yo: ¿a qué vais a la oración, sino a sacar humildad y conocimiento propio? ¿Cuántas veces habéis pedido a Dios que os dé a entender quién sois? Pues Dios ha oído vuestra oración, y os lo quiere dar a entender de esta manera. Algunos tienen librado el conocerse en un grande sentimiento de sus pecados, y en derramar muchas lágrimas por ellos, y se engañan; porque ese es Dios, no vos. El ser como piedra, ese sois vos. Y si Dios no hiere la piedra, no saldrá agua, ni miel. En eso está el conoceros, principio de mil bienes. Y de eso tenéis las manos llenas cuando estais de esa manera. Y si eso sacáis de la oración, habréis sacado muy gran fruto de ella.

284 Véase a Ludov. Blosio en su Spec. spirit.

CAPÍTULO XXVII.

De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos de la oración.

Aunque es bien que nosotros pensemos que este trabajo nos viene por nuestras culpas, para que así andemos siempre más confundidos y humillados; pero también es menester que entendamos, que no todas las veces es esto castigo de nuestras culpas, sino disposición y providencia altísima del Señor, que reparte sus dones como él es servido: y no conviene que todo el cuerpo sea ojos, ni pies, ni manos, ni cabeza, sino que haya miembros diferentes en su Iglesia. Y así no conviene que se dé a todos aquella oración especialísima y aventajada, de que dijimos cuando tratamos de la oración²⁸⁵. Y esto no es menester que sea porque no lo merecen; porque, aunque merezcan eso, merecerán más en otra cosa, y les hará Dios más merced en dársela, que en darles eso. Muchos Santos grandes hubo que no sabemos que tuviesen estas cosas; y si las tuvieron, dijeron con san Pablo, «que no se preciaban, ni glorificaban en eso, sino en llevar la cruz de Cristo²⁸⁶».

El Padre maestro Ávila en el tom. II de sus Cartas, fól. 22, dice cerca de esto una cosa de mucho consuelo: Que deja Dios a algunos desconsolados por mu-

285 Tract. V, cap. 4 et 5.

286 Galat. VI, 14.

chos años, y algunas veces por toda la vida; y la parte y suerte de estos creo, dice, que es la mejor si hay fe para no sentir mal y paciencia y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Si uno se acabase de persuadir que esta suerte es mejor para él, fácilmente se conformaría con la voluntad de Dios. Muchas razones dan los Santos, y los maestros de la vida espiritual, para declarar y probar que a los tales les está mejor esta suerte; pero solamente diremos ahora una de las más principales, que traen san Agustín, san Jerónimo, san Gregorio, y comúnmente todos los que tratan de esto: y es, que no todos son para conservar la humildad entre la alteza de la contemplación; porque apenas habemos tenido una lagrimita, cuando ya nos parece que somos espirituales y hombres de oración, y nos comparamos y preferimos por ventura a otros. Aún el apóstol san Pablo parece que hubo menester algún contrapeso, para que no le levantasen esas cosas. «Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijón de mi carne, el ángel de Satanás, que me abofetee²⁸⁷». Porque el haber sido arrebatado al tercer cielo, y las grandes revelaciones que había tenido no le ensoberbeciesen, permite Dios que le venga una tentación que le humille y le haga conocer su flaqueza. Pues por esto, aunque aquel camino parece más alto, este otro es más seguro, y así el sapientísimo Dios que nos guía a todos para un mis-

287 II Cor. XII, 7.

mo fin, que es él, lleva a cada uno por el camino que sabe que más le conviene. Por ventura si tuviérais grande entrada en la oración, en lugar de salir humilde y aprovechado, saldríais soberbio e hinchado. Y de esa otra manera andáis siempre humillado, confundido, teniéndooos en menos que todos. Y así mejor camino es ese para vos y más seguro, aunque vos no lo entendáis. «No sabéis lo que pedís, ni lo que deseáis²⁸⁸».

San Gregorio, lib. IX Moral., cap. 7, enseña una doctrina muy buena a este propósito sobre aquello de Job: «Si viniere el Señor a mí, no lo veré, y si se fuere, y apartare de mí, no lo entenderé²⁸⁹». Quedó, dice, el hombre tan ciego por el pecado, que no conoce cuándo se va acercando a Dios, ni cuándo se va alejando de él; antes muchas veces lo que piensa que es gracia de Dios, y que por allí se va allegando más a él, se le convierte en ira, y le es ocasión de apartarse de él: y muchas veces lo que él piensa que es ira, y que se va alejando y olvidando Dios de él, es gracia y causa para que no se aparte de él. Porque ¿quién viéndose en una oración y contemplación muy alta muy regalado y favorecido de Dios, no pensará que se va llegando más a Dios? Y muchas veces de estos favores viene uno a ensoberbecerse, y asegurarse y fiarse de sí; y por allí le hace caer el demonio, por donde él pensaba que, subía y se allegaba más a Dios. Y por el contrario muchas veces, viéndose uno desconsolado y afligido,

288 Matth. XX, 22.

289 Job, IX, 11.

viéndose con graves tentaciones y muy combatido de pensamientos deshonestos, de blasfemias y contra la fe, piensa que Dios está enojado con él, y que le va desamparando, y apartándose de él, y entonces está más cerca de él; porque con aquello se humilla más y conoce su flaqueza, desconfía de sí, y acude a Dios con mayor brío y fortaleza, y pone en él toda su confianza, y procura nunca apartarse de él. De manera que no es mejor lo que vos pensáis, sino el camino por donde el Señor os quiere llevar: ese habéis de entender que es el mejor y el que más os conviene.

Mas, esa misma amargura, y esa pena y dolor que vos sentís, por pareceros que no tenéis la oración tan bien como era razón, puede ser otra razón de consuelo; porque es particular gracia y merced del Señor, y señal de que le amáis; porque no hay dolor sin algún amor; no hay pesarme de no servir bien, sin propósito y voluntad de servir bien: y así, esa pena y dolor, de amor de Dios nace, y de deseo de servirle mejor. Si no se os diera nada de servirle mal, ni de tener mala oración, ni de hacer las cosas mal hechas, fuera mala señal; pero sentir pena y dolor de pareceros que hacéis eso mal, muy buena señal es. Pero aplaque el sentimiento y dolor el entender que, en cuanto eso es pena, es voluntad de Dios, y conformaos con ella, y dadle gracias que os deja andar deseoso de contentarle, aunque os parezca que son flacas las obras.

Y más, aunque no hagáis otra cosa en la oración sino asistir allí, y hacer presencia delante de aquella

real y divina Majestad, servís en eso mucho a Dios; como acá vemos que es grande majestad de los reyes y príncipes de la tierra que los grandes de su corte vayan cada día a palacio, y asistan y hagan allí presencia. «Bienaventurado el hombre que me oye, y que vela a mis puertas cada día, y está de acecho en los postigos de mi puerta²⁹⁰». A la gloria de la majestad de Dios, y a la bajeza de nuestra condición, y a la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio celestial; y cuando os abriere las puertas dadle gracias por ello, y cuando no, humillaos, conociendo que no lo merecéis, y de esa manera siempre será muy buena y muy provechosa vuestra oración. De todas estas cosas y otras semejantes nos habemos de ayudar para conformarnos con la voluntad de Dios en este desconsuelo y desamparo espiritual, aceptándolo con hacimiento de gracias, y diciendo: Dios te salve, amargura amarga y amarguísima, pero llena de gracias y de bienes²⁹¹».

290 Prov. VIII, 34.

291 Fr. Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, en el Compendio, cap. 26.

CAPÍTULO XXVIII

Que es grande engaño y grave tentación dejar la oración por hallarse en ella de la manera dicha.

De lo dicho se sigue que es grande engaño y grave tentación, cuando uno por verse de esta manera viene a dejar la oración, o no persevera tanto en ella, pareciéndole que no hace allí nada, sino que antes pierde tiempo. Esta es una tentación con que el demonio ha hecho dejar el ejercicio de la oración, no solo a muchos de los seglares, sino también a muchos religiosos; cuando no puede quitarles del todo la oración, hace que no se den tanto a ella, ni gasten tanto tiempo en ella como pudieran. Comienzan muchos a darse a la oración, y mientras hay bonanza y devoción prosíguenla y continúanla muy bien; pero en viniendo el tiempo de sequedad, distracción, pareceles que aquello no es oración, sino antes nueva culpa, pues están allí delante de Dios con tanta distracción y con tan poca reverencia. Y así van poco a poco dejando la oración, pareciéndoles que harán más servicio a Dios entendiendo en otros ejercicios y ocupaciones, que en estar allí de aquella manera. Y como el demonio siente en ellos esta flaqueza, ayúdase de la ocasión, y dase tal prisa a traerles pensamientos y tentaciones en la oración, para que les parezca aquel tiempo malgastado, que poco a poco les hace dejar del todo la oración, y con ella la virtud, y aun algunas veces más adelan-

te: y así sabemos que en muchos ha comenzado de aquí su perdición. «Los hay que son amigos para acompañaros en la mesa; pero que os dejarán en el día que los necesitaréis²⁹²», dice el Sabio. Gozar con Dios no hay quien no lo quiera; mas trabajar y padecer por él, eso es señal de verdadero amor. Cuando hay consuelo y devoción en la oración, no es mucho que perseveréis, y os detengáis muchas horas en ella; porque eso por vuestro contento y por vuestro gusto lo podéis hacer, y es señal que así lo hacéis, si cuando os falta eso no perseveráis. Cuando Dios envía desconuelos, sequedades y distracciones, entonces se prueban los verdaderos amigos, y se echan de ver los siervos fieles, que no buscan su interés, sino puramente la voluntad y contento de Dios. Y así entonces habemos de perseverar con humildad y paciencia, estando allí todo el tiempo señalado, y aun un poco más, como nos lo aconseja nuestro santo Padre, para vencer con eso la tentación, y mostrarnos fuertes y esforzados contra el demonio²⁹³.

Cuenta Paladio²⁹⁴, que ejercitándose él en la consideración de las cosas divinas encerrado en una celda, tenía gran tentación de sequedad y grande molestia de pensamientos, y veníales a la imaginación que dejase aquel ejercicio, porque era para él sin provecho. Fuese al santísimo Macario Alejandrino, y le contó

292 Eccli. VI, 10.

293 Ejerc. espir. anot. 13.

294 In histor. Lausiaca.

esta tentación, pidiéndole consejo y remedio, respondióle el Santo: «Cuando esos pensamientos te dijeren que te vayas, y que no haces nada, di a tus pensamientos: aquí quiero estar guardando por amor de Cristo las paredes de esta celda». Que fue decirle que perseverase, contentándose de hacer aquella santa obra por amor de Cristo, aunque no sacase más fruto que este. Esta es muy buena respuesta para, cuando nos viniere esta tentación porque el fin principal que habemos de pretender en este santo ejercicio, y la intención con que habemos de llegar a él y ocuparnos en él, no ha de ser nuestro gusto y contento, sino hacer una obra buena y santa, con que agradamos a Dios y le damos contento, y con que satisfácenos y le pagamos algo, por lo mucho que le debemos por ser quien es, y por los innumerables beneficios que de su mano habemos recibido; y pues él quiere y se agrada de que yo esté ahora aquí, aunque me parezca que no hago nada, yo me contento con eso.

De santa Catalina de Sena cuenta Blosio, cap. 4 Monil. spiril., que por muchos días estuvo desamparada de los consuelos espirituales, y no sentía el acostumbrado fervor de devoción, y sobre esto era muy molestanda de pensamientos malos, feos, deshonestos que no los podía echar de sí: mas no dejaba por eso su oración, antes lo mejor que podía perseveraba en ella con grande cuidado, y hablaba consigo misma de esta manera: Tú, pecadora vilísima, no mereces consuelo ninguno. ¿Cómo? ¿no te contentarías con que no fue-

ses condenada, aunque toda tu vida hubieses de llevar estas tinieblas y tormentos? por cierto que no escogiste tú el servir a Dios para recibir de él consuelos en esta vida, sino para gozar de él en el cielo eternamente; levántate, pues, y prosigue tus ejercicios, y persevera en la fidelidad de tu Señor.

Pues imitemos estos ejemplos, y quedémonos con aquellas palabras de aquel Santo²⁹⁵: «Tenga yo, Señor, por consolación, querer de grado carecer de todo humano consuelo; y si me faltare tu consolación, séame tu voluntad y tu justa prueba en lugar de muy grande consuelo». Sí llegamos a esto, que la voluntad y contento de Dios sea todo nuestro contento, de tal manera que el mismo carecer de todo consuelo sea nuestro contento, por ser esa la voluntad y contento de Dios, entonces será nuestro contento verdadero, y tal, que ninguna cosa nos le podrá quitar.

CAPÍTULO XXIX

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En las Crónicas de la Orden de santo Domingo se cuenta²⁹⁶, que un Padre de los primeros de la Orden,

295 Thomas de Kempis

296 Fr. Hernando del Castillo, 1p., 1, c. 60, hist. Ordin. Paëdicatorum.

después de haber estado en ella algunos años con grande ejemplo de vida, y gran limpieza de alma, no sentía ninguna manera de consolación ni gusto en los ejercicios de la religión, ni meditando, ni orando, ni contemplando, ni leyendo. Y como siempre oía decir del regalo que Dios hacia a otros, y de los sentimientos espirituales que tenían, estaba medio desesperado, y como tal se puso a decir una noche en la oración delante de un Crucifijo, llorando amargamente, estos desatinos: Señor, yo siempre he entendido que en bondad y en mansedumbre excedéis a todas vuestras criaturas: veisme aquí que os he servido muchos años y he sufrido por vuestro respeto hartas tribulaciones, y de buena gana me he sacrificado a Vos solo; y si la cuarta parte del tiempo que ha que os sirvo hubiera servido a un tirano, ya me hubiera mostrado alguna señal de benevolencia, si quiera con una buena palabra, o con un buen rostro, o con una risa; y Vos, Señor, ningún regalo me habéis hecho, ni tengo de Vos recibido el menor favor que soléis hacer a los otros. Siendo Vos la misma dulzura, sois para mí mas duro que cien tiranos. ¿Qué es esto, Señor? ¿por qué queréis que pase así? Estando en esto oyó súbitamente un estruendo tan grande, como si toda la iglesia viniera al suelo, y en los desvanes había tan temeroso ruido, como si millares de perros con los dientes estuvieran despedazando el enmaderamiento: de lo cual, como se asombrase, y temblando de miedo volviese la cabeza para ver

qué sería, vio a sus espaldas la mas fea y horrible visión del mundo, de un demonio que con una barra de hierro que tenia en la mano le dio tan grande golpe en el cuerpo, que cayendo en tierra, no pudo mas levantarse; pero tuvo ánimo para ir arrastrando hasta un altar que estaba allí junto, sin poder menearse de puro dolor, como si le hubieran descoyuntado a golpes. Cuando los frailes se levantaron a prima y le hallaron como muerto, sin saber la causa de tan súbito y mortal accidente, Ileváronle a la enfermería, a donde por tres semanas enteras que estuvo con dolores gravísimos, era tan grande su hedor, y tan sucio y asqueroso, que en ninguna manera podían entrar a curarle los religiosos, ni a servirle, sino tapándose primero las narices, y con muchas otras prevenciones. Pasado este tiempo, tomó algunas fuerzas, y en pudiendo tenerse en pie, quiso curarse de su loca presunción y soberbia; y tornando al lugar donde había cometido la culpa, buscó en él remedio de ella, y con muchas lágrimas y humildad hacía su oración bien diferente de la pasada. Confesaba su culpa, conocíase por indigno de bien alguno, y por muy merecedor de pena y castigo. Y el Señor le consoló con una voz del cielo que le dijo: Si quieres consolaciones y gustos, conviénete ser humilde y reconocer tu bajeza, y entender que eres mas vil que el lodo, y de menos valor que los gusanos que huellas con los pies. Y con esto quedó tan escarmentado, que de ahí adelante fue acabadísimo religioso.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos otro ejemplo bien diferente. Cuéntase en su vida, lib. 5, c. I, que mirando sus faltas, y llorándolas, decía, que deseaba que en castigo de ellas Nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, para que con esta sofrenada anduviese más cuidadoso y más cauto en su servicio. Pero que era tanta la misericordia del Señor y la muchedumbre de la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto él más faltaba, y más deseaba ser castigado de esta manera, tanto el Señor era mas benigno, y con mayor abundancia derramaba sobre él los tesoros de su infinita liberalidad. Y así decía, que creía que no había hombre en el mundo en quien concurriesen estas dos cosas juntas tanto como en él: la primera es faltar tanto a Dios, y la otra recibir tantas y tan continuas mercedes de su mano.

De un siervo de Dios cuenta Blosio²⁹⁷, que le hacía el Señor grandes favores y regalos, dándole grandes ilustraciones, y comunicándole cosas maravillosas en la oración; y él con su mucha humildad y deseo de agradar más a Dios pidióle, que si él era servido, y se agradaba más: de ello, le quitase aquella gracia. Oyó Dios su oración, y quitósele por cinco años, dejándole, padecer en ellos muchas tentaciones, desconsoles y angustias. Y estando él una vez llorando amargamente, apareciéronsele dos Ángeles, queriéndole

297Cap. 10 Monil. spir.

consolar, a los cuales él respondió: Ya no pido consuelo, porque me basta por consuelo que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

El mismo Blosio, en el c. 4, cuenta que dijo Cristo nuestro Redentor a santa Brigada: Hija, ¿qué es lo que te turba y pone en cuidado? Respondió ella: porque soy afligida de vanos pensamientos, inútiles y malos, y no puedo echarlos de mí, y angústiame mucho tu espantoso juicio. Entonces dijo el Señor: Esta es la verdadera justicia, que así como te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad; así ahora te sean molestos y penosos, varios y perversos pensamientos contra la tuya; empero has de temer mi juicio moderadamente y con discreción, confiando firmemente de continuo en mí que soy tu Dios. Porque debes tener por certísimo que los malos pensamientos, a que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona de alma. Si no puedes estorbarlos, súfrelos con paciencia, y hazles contradicción con la voluntad; y aunque no les des consentimiento, con todo eso teme no te venga de ahí alguna soberbia y caigas; porque cualquiera que está en pie, solamente le sustenta la gracia de Dios.

Dice Taulero, y tráelo Blosio en el Consuelo de pusilánimes: Muchos cuando les fatiga alguna tribulación me suelen decir: Padre, mal me tratan: no me va bien, porque soy fatigado con diversas tribulaciones y con melancolía. -Yo respondo a quien me dice esto, que antes le va muy bien, y que se le hace mucha merced.- Entonces dicen ellos: Señor, no, antes creo

que por mis culpas me sucede esto.- A lo cual les digo yo: ahora sea por tus pecados, ahora no, cree que esa cruz te la ha puesto Dios; y dándole gracias por ello, sufre y resígnate todo en él.- Dice también: interiormente me consumo con la gran sequedad y tinieblas. - Dígoles yo: amado hijo, sufre con paciencia, y hacerte han más merced que si anduviésemos con mucha y grande devoción sensible.

De un gran siervo de Dios se cuenta que decía: Cuarenta años ha servido a Nuestro Señor y trato de oración, y nunca he tenido en ella gustos ni consuelos; pero el día que la tengo, siento después en mí un aliento grande para los ejercicios de virtud, y en faltando en esto, ando tan caído que no se me levantan las alas para cosa buena.

CAPÍTULO XXX

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales.

Así como habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, de cualquier manera que nos trate en la oración; así también lo habemos de estar en todas las demás virtudes y dones de Dios, y en todas las demás ventajas espirituales.

Muy bueno es el deseo de todas las virtudes, y el andar suspirando por ellas y procurándolas; pero de tal manera habemos de desear siempre ser mejores, y crecer e ir adelante en la virtud, que tengamos paz, si no llegáremos a lo que deseamos, que nos conformemos con la voluntad de Dios y nos contentemos con ella. Si Dios no quiere daros a vos una castidad angélica, sino que padezcáis graves tentaciones en eso, mejor es que vos tengáis paciencia y conformidad con la voluntad de Dios en esa tentación y trabajo, que andar inquieto y quejoso por no tener aquella puridad y limpieza de los Angeles. Si Dios no os quiere dar tan profunda humildad como a un san Francisco, ni tanta mansedumbre como a Moisés y a David, ni tanta paciencia como a Job, sino que sintáis movimientos y apetitos contrarios; bien es que andéis confundido y humillado, y toméis de eso ocasión para teneros en poco; pero no es bien que andéis desasosegado, y lleno de quejas y congojas porque no os hace Dios tan paciente como a Job, ni tan humilde como a san Francisco. Es menester que nos conformemos también con la voluntad de Dios en estas cosas, porque de otra manera nunca tendríamos paz. Dice muy bien el Padre maestro Avila en el c. 23 del Audi, filia: «No creo que ha habido Santo en este mundo que no deseara ser mejor de lo que era; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban ellos por su propia codicia, que nunca dice harto hay, mas por Dios, con cuyo repartimiento estaban contentos, aunque menos les

diera; teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que él les da, mas que el desear tener: mucho, aunque diga el amor propio que es para mas servir a Dios».

Pero dirá alguno que parece que esto es decirnos que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos y mejores, sino que todo lo habemos de dejar a Dios, así lo del alma como lo del cuerpo: y así parece que es darnos ocasión para que seamos tibios y flojos y que no se nos dé nada por crecer e ir adelante. Nótese mucho este punto, porque es de mucha importancia. Es tan buena esta réplica y objeción, que sólo eso es lo que hay que temer en este negocio. No hay doctrina, por buena que sea, de que no pueda uno usar mal si no la sabe aplicar como conviene. Y así lo será esta así en lo que toca a la oración, como en lo que toca a las demás virtudes y dones espirituales; por lo cual será menester que la declaremos y entendamos bien. No digo yo que no habemos de desear ser cada día mas santos y procurar imitar siempre a los mejores, y ser diligentes y fervientes en eso, que para eso Venimos a la religión; y si no hacemos eso, no seremos buenos religiosos. Pero lo que digo es que así como en las cosas exteriores han de ser los hombres diligentes, pero no congojosos ni codiciosos, que eso dicen los Santos que es lo que Cristo nuestro Redentor prohíbe en el sagrado Evangelio. «Por tanto os digo, no andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis²⁹⁸».

298 Matth. VI, 23.

Lo que reprende es la demasiada solitud y la congoja y codicia de esas cosas. Pero el cuidado competente y las diligencias necesarias, no las quita; antes las manda y nos las dio en penitencia. «Con el sudor de tu rostro comerás el pan²⁹⁹». Es menester que pongan los hombres su trabajo y diligencia para comer, y sino sería tentar a Dios. Pues de esa misma manera ha de ser en las cosas espirituales, y en el procurar las virtudes y dones de Dios: es menester que seamos muy diligentes y cuidadosos en eso, pero de tal manera, que no nos quite esto la paz y la conformidad con la voluntad de Dios. Haced vos lo que es de vuestra parte; pero si con todo eso viéreis que no tenéis cuanto queréis, no por eso os habéis de dejar caer en una impaciencia que sea peor que la falta principal. Y esto aunque os parezca que eso os viene por vuestra tibieza, que es lo que a muchos suele desconsolar. Procurad vos de hacer buenamente vuestras diligencias, y si no las hiciéreis todas y cayéreis en faltas, no os espantéis por eso ni desmayéis, que así somos todos: hombre sois, y no ángel; flaco, y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria: «Porque él conoce nuestra hechura³⁰⁰», y no quiere que desmayemos por eso, sino que nos arrepintamos y humillemos, y nos levantemos luego, y pidamos mayor fuerza al Señor, y procuremos de andar con contento de dentro y de fuera; que más vale que os levantéis presto con alegría que doble las fuerzas para

299 Genes. III, 19.

300 Psalm. CII, 14.

servir a Dios, que no pensando que lloráis vuestras faltas por Dios, desagradéis al mismo Dios con servirle mal, con el corazón y las caídas, y con otros ramos que de esto suelen nacer.

Sólo hay aquí que temer el peligro que habemos apuntado, que es no se nos entre la tibieza, y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte, so color de decir: Dios me lo ha de dar, todo ha de venir de mano de Dios, yo no puedo más. Y del mismo peligro nos habemos de guardar en lo que decíamos de la oración en el c. XXIV y siguientes: no se os solape ahí tampoco la pereza con ese color. Pero cerrado este portillo, y haciendo vos buenamente lo que es de vuestra parte, mas agrada a Dios la paciencia y la humildad en las flaquezas, que esas congojas y tristezas demasiadas que algunos traen, por parecerles que no crecen tanto en virtud y perfección como querrían, o que no pueden entrar tanto en la oración. Porque este negocio de la oración y perfección no se alcanza por descontentos ni a puñadas, sino que Dios lo da a quien él quiere, y cómo quiere, y al tiempo que él es servido. Y cierto es que no han de ser todos iguales los que han de ir al cielo; y no habemos de desesperar nosotros, porque no somos de los mejores, ni aun por ventura de los medianos: sino debémonos conformar con la voluntad de Dios en todo, y dar gracias a Nuestro Señor porque nos dio esperanza de que nos habemos de salvar por su misericordia. Y si no alcanzaremos a estar sin faltas, demos gracias a Dios porque nos dio

conocimiento de nuestras faltas; y ya que no vamos al cielo por la alteza de virtudes como algunos van, contentémonos con ir allá por el conocimiento y por la penitencia de nuestros pecados, como otros muchos van. Dice san Jerónimo³⁰¹: ofrezcan otros en el templo del Señor, cada uno; segun su posibilidad, unos oro, plata, y piedras preciosas; otros sedas, carmesíes, púrpuras y brocados; a mí bástame si ofreciere para el templo pelos de cabras y pieles de animales. Pues ofrezcan los otros a Dios sus virtudes y obras heroicas y excelentes, y sus contemplaciones altas y levantadas; a mí bástame ofrecer a Dios mi bajeza, conociéndome y confesándome por pecador, y por imperfecto y malo, y presentándome delante de su Majestad como pobre y necesitado. Y conviene alegrar en esto el corazón y agradecersele a Dios, porque no nos quite también esto, que nos ha dado, como a desagradecidos.

San Buenaventura, Gerson y otros añaden aquí un punto con que se confirma bien lo dicho: dicen que muchas personas sirven más a Dios con no tener la virtud y recogimiento y desearlo que si lo tuviesen. Porque con aquello viven en humildad y andan con cuidado y diligencia, procurando arribar e ir adelante, acudiendo a menudo a Dios; y con esotro por ventura se ensoberbecieran o se descuidaran, y anduvieran tibios en el servicio de Dios, pareciéndoles que ya te-

301 In prologo galeato.

nían lo que habían menester, y no se animaran a trabajar por más. Esto he dicho para que hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte, y andemos con diligencia y cuidado procurando la perfección, y entonces contentémonos con lo que el Señor nos diere, y no andemos desconsolados ni congojados por lo que no podemos alcanzar ni está en nuestra mano. Porque eso, dice muy bien el Padre maestro Avila³⁰², que no sería sino estar penados, porque no nos dan alas para volar por el aire.

CAPÍTULO XXXI.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en los bienes de gracia, sino también en los bienes de gloria. El verdadero siervo de Dios ha de estar tan ajeno de su interés aun en estas cosas, que más se ha de holgar de que se cumpla y haga la voluntad de Dios, que de todo cuanto él podía interesar. «Esta es muy grande perfección, como dice aquel Santo³⁰³, no buscar uno su interés en lo poco ni en lo mucho, ni en lo temporal ni en lo eterno, y da la

302 Tom. II espit. fol. 32

303 Thomas de Kempis.